

MEDITACIONES BREVES

SUD-AMERICANOS EN PARÍS



PARA mí, ciudadano de una pequeña villa y que ama permanecer en ella para que no sea más pequeña todavía... , tal se expresa Plutarco de sí mismo en uno de los párrafos iniciales de la *Vida* de Demóstenes.

¡Ya en aquél entonces la lumbre de las urbes populosas alucinaba, y parecía de buen tono partir hacia ellas a participar de su arte, lujo y placeres! No desdejamos nuestro origen, nosotros, indo-europeos, cuando suspiramos con los ojos puestos en París. Cuánta gente nuestra brega y acapara dinero con la ambición de evadirse de su patria pequeña e ir a sentar sus reales bajo el Arco de Triunfo. ¡Viajar! Deseo fecundo, naturalmente, cuando se parte para volver con acopio de experiencias. Este no es el caso que contemplamos: es el de aquéllos que, desdeñosos de sus conterráneos y del escondido rincón donde les tocó nacer, marchan rumbo a París para radicarse allí. De toda Sud América llegan a bandadas. Son los adinerados y, de cuando en cuando, los artistas a quienes se les hace estrecho el escenario de su suelo natal. Los primeros siguen usufructuando de las rentas que sus ex-hermanos les proporcionan. Para ellos se encorvan allá lejos los peones sobre la esteva del arado. Para ellos se continúa explotando las entrañas del terruño o de

los montes patrios. Si por acaso alguna vicisitud les vuelve por temporadas o definitivamente a su aldea nativa, no hacen otra cosa que dolerse de los gobernantes, de los impuestos y de la incultura ambiente...

Por cierto que la personalidad y el nacionalismo de estos emigrantes es bien escasa. Les es fácil imitar costumbres y habituarse a medios distintos, porque los propios no les trabajaron profundamente. Imitan con la facilidad del mono y del niño. ¿Que lo superior atrae? Sin duda. ¿Qué esas sociedades ofrecen realidades más halagadoras? También es verdad. Pero ¿qué sería del mundo si los espinos de nuestros cerros pretendieran todos transformarse en acacios del Bosque de Bolonia? La ilimitada variedad de las cosas y los seres es la gloria de la naturaleza y la fuente de sus infinitas posibilidades. En estos pueblos americanos estamos imitando ya por varios siglos. Lo propio nuestro se diluye. La flor que pudo brotar de nuestras razas tarda en abrirse a la historia del mundo.

¡Cómo deseáramos que los sudamericanos en París sintiesen al igual de Plutarco! Si comprendieran que su ausencia está debilitando más a sus pequeños países, tan ralos de población, tan apocados espiritualmente y tan tardíos en descubrir la veta de su propio destino, acaso tornarían. ¿Tornarían?
¡Quién sabe!